

## ***El Papa Jano***

**Salvador Giner**, Catedrático de Sociología de la Universitat de Barcelona (EL PERIODICO, 08/04/05)

El dios Jano de los paganos, custodio del Universo, tenía dos caras. Si hubiera pertenecido a aquella antigua y noble fe, **Karol Wojtyla** lo hubiera tenido como patrón. Cuando se serenen los ánimos, los historiadores juzgarán su vida y obra e intentarán desentrañar las complejidades de su pontificado. Ahora, en cambio, cuando nuestras pasiones, creencias y juicios se hallan teñidos por la experiencia directa de su vida pública, la faena resulta dificultosa.

Quienes pretenden presentarnos al papa **Juan Pablo II** como poco menos que progresista no tienen más que recordarnos que, inesperadamente, se pronunció contra la pena de muerte; que sin medias tintas castigó el "capitalismo salvaje" que al mundo assolaba, y que condenó categóricamente las dos guerras declaradas por Estados Unidos a Irak.

POR SI ELLO fuera poco, el papa recién fallecido pidió perdón al pueblo judío, como portador del mensaje de **Abraham**, por los desafueros cometidos a lo largo de los siglos contra él por la Iglesia católica. Lo hizo, memorablemente, en el Muro de las lamentaciones, sobre la noble ruina del templo de Jerusalén, escrito por su puño y letra. Y no contento con ello, también extendió su actitud compungida a otros grupos, convirtiéndose en el primer pontífice que pedía públicamente perdón en términos generales.

Basta con esto? Mucho me temo que no. Sus repetidos ataques contra el divorcio, seguidos por su alergia al feminismo, culminaron pronto en la homofobia y condena de la homosexualidad que lo sitúan en el campo contrario, el ultramontano. Llamar asesinato al aborto podrá llenar de júbilo a los antiabortistas que tan poco se preocupan de tantas formas de barbarie (la tortura política, la persecución religiosa, las matanzas étnicas) que requieren prioridad y urgente arreglo. Su afán por perseguir el uso del preservativo donde la gente muere a mansalva bajo el flagelo de la pandemia del sida alcanza un grado de delirio.

Su apoyo al Opus Dei y su arrinconamiento de la Teología de la Liberación y de los jesuitas lo dice todo. Y, para que el humor no falte, su observación de que desear a la propia esposa es pecaminoso, cuando muchos juzgan que tal proeza puede ser causa de admiración y aplauso si el himeneo es longevo, ha entrado en los anales de las ocurrencias más deliciosas del siglo pasado. Tal vez la mejor manera de zafarse de la tenaza de la ambivalencia endémica de **Juan Pablo II** sea comprenderlo como animal político, como polaco católico provinciano, víctima de la devastación de su patria por dos oleadas sucesivas de barbarie, ambas extranjeras: la nazi y la estalinista. El catolicismo es en Polonia una religión, y la identidad católica parte de él. Para un nacionalista cualquier alianza es buena.

Un conservador radical como él pudo así redactar la que es a mi juicio su mejor encíclica, la *Laborem exercens*, sobre la dignidad del trabajo humano, a la que el sindicato Solidarnosc se aferraría cual clavo ardiendo, porque era un movimiento a la vez obrero, anticomunista, nacionalista y católico. Fue así como el Pontífice socavó primero el bolchevismo degenerado en lamentable y patética dictadura. Como comenzó a ayudar cambiar el régimen político de su país y los de sus vecinos europeos.

SU DOBLE FAZ, su aspecto de Jano Bifronte, como llamaban los antiguos al inquietante dios, distrae hoy a sus feligreses católicos de problemas mucho más graves que se ciernen sobre su propia Iglesia. Ésta parece no darse cuenta de la inmensa crisis que se le viene encima. No procede ésta del mundo mediático (al que **Karol Wojtyla** se adaptó como pato al agua con su papamóvil, con sus aviones y con sus estadios repletos) sino de su propia Iglesia.

La Iglesia católica, apostólica y romana es sacerdotal, jerárquica y administrativa. Es una Iglesia que no puede subsistir ya si sus seminarios están vacíos, si hay que cerrar uno tras otro, si las vocaciones de frailes y monjas desaparecen, si a las mujeres se les niega el derecho al sacerdocio. O puede subsistir, naturalmente, de modo muy diverso, reestructurándose de tal modo que llegue un momento en que nadie la reconozca.

Solucionar el asunto interno va a ser, y no otra, la tarea que le quepa al nuevo pontífice. Esperar, como hacen algunos cristianos progresistas de obediencia católica, que renazca de la curia y burocracia vaticana el espíritu de las *Bienaventuranzas* de **Mateo Evangelista**, es vano. Es, eso sí, conmovedor. Inspira mi mayor admiración y cariño hacia ellos. Pero el porvenir del mensaje evangélico no irá ya por esa senda.